

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

n° 137 ¿Por qué la misión del Hijo y la del Espíritu son inseparables?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 137 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Por qué la misión del Hijo y la del Espíritu son inseparables? (687-690; 742-743)

La misión del Hijo y la del Espíritu son inseparables porque en la Trinidad indivisible, el Hijo y el Espíritu son distintos, pero inseparables. En efecto, desde el principio hasta el fin de los tiempos, cuando Dios envía a su Hijo, envía también su Espíritu, que nos une a Cristo en la fe, a fin de que podamos, como hijos adoptivos, llamar a Dios "Padre" (Rm 8, 15). El Espíritu es invisible, pero lo conocemos por medio de su acción, cuando nos revela el Verbo y cuando obra en la Iglesia.

Este punto subraya que la acción del Hijo y del Espíritu son distintas pero son inseparables. Lo propio del Espíritu es llevarnos a la comunión con Jesucristo, sin embargo, lo hace de una manera que él revela a Jesucristo pero el Espíritu Santo no se revela a sí mismo. Por ejemplo cuando se dice: "habló por los profetas"; el Espíritu Santo habló por los profetas para que escuchemos, a través de ellos, la palabra del Padre, sin embargo, al Espíritu no le oímos. Por lo tanto, el Espíritu Santo está hablando a través de los profetas, para que los profetas proclamen la palabra del Padre, pero él permanece en ese ocultamiento discreto. Él lleva a cabo la revelación del Padre, la revelación del Hijo y él permanece en esa discreción oculta.

En esa discreción oculta nosotros estamos llamados también a conocer el don del Espíritu, pero parece que nos tenemos que esconder con el escondido para poder tener la intimidad con el Espíritu Santo. Él, en su forma de proceder ha procedido de esa manera tan discreta, ayuda a que la voz del Padre se proclame, a que la de Jesucristo también se revele ante el mundo y él permanece oculto, pidiéndonos que, para poder tener intimidad con él, nos adentremos dentro de nosotros, y en nuestro interior descubramos que habita y mora dentro de nosotros; solamente buceando dentro del corazón y del alma del hombre, es como podemos descubrir la presencia oculta, discreta, pero patente y palpable, del don del Espíritu Santo.

Es importante que, cuando hayamos descubierto su presencia, nos demos cuenta de que en realidad está en tantas otras realidades; por ejemplo, en la inspiración de las Escrituras, el Espíritu Santo las ha inspirado. El Espíritu Santo ha sostenido la tradición de la Iglesia, ha inspirado al magisterio de la Iglesia. Esa promesa de Jesús: "Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo", ese ser asistidos para que las puertas del infierno no puedan derrotar a la Iglesia, para que el magisterio de verdad conserve el depósito revelado por Dios, es una acción del Espíritu. El Espíritu Santo también está actuando en la liturgia, los sacramentos

nos están poniendo en comunión con la liturgia celeste, y es el Espíritu Santo el que nos pone en comunión. En la oración, cuando hablamos con Jesús, cuando hablamos con el Padre: nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, el Espíritu Santo será el que ponga en ti las palabras, él es el maestro de nuestra vida de adoración, él nos enseña a orar; él es el que da los carismas, y tenemos distintos carismas de seguimiento a Jesucristo, son infundidos por el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, en ese ocultamiento discreto, nos invita a entrar en comunión íntima con él; escondernos a los ojos del mundo, para conocer la presencia de Dios. El Hijo y el Espíritu Santo son inseparables tanto en la vida íntima de Dios, como cuando el Padre envía al Hijo o envía al Espíritu Santo, en el fondo los envía inseparablemente. Hay una imagen hermosa para entender cómo el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables, que es la imagen de la unción: el aceite es derramado encima de la piel y llega un momento en que el aceite es absorbido por la piel y casi no se puede distinguir lo que es aceite cuando ya ha penetrado en la piel. Esa imagen es utilizada por San Gregorio Niseno para subrayar cómo el Espíritu Santo y Jesucristo son inseparables; como el aceite empapa la piel, así el Espíritu Santo ha ungido a Jesucristo.

Ese Jesucristo que nosotros conocemos en los Evangelios, está empapado del Espíritu Santo, el Espíritu Santo ha ungido plenamente a ese Jesucristo con el que nosotros tenemos ese contacto y recibimos su palabra, es palabra de vida vivificada por el Espíritu Santo; él es movido por el Espíritu Santo, plenamente ungido, penetrado por él; es el habitado por el Espíritu Santo. El Verbo y el Espíritu Santo son distintos pero son inseparables, y estamos llamados a entender que nuestra comunión con Jesucristo es comunión con el Espíritu Santo, para gloria de Dios Padre